



El eterno niño de Santa Rita

■ Cuando Divier Alexander Jiménez Clavijo fue asesinado, tenía diez años de edad, los bolsillos llenos de guayabas y los ojos repletos de sueños. Ocho años después ese nombre evoca, entre los jóvenes y viejos de Santa Rita, una vereda del municipio de Aipe, en el departamento del Huila, una época difícil por cuenta del miedo que infundían las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) y el Ejército Nacional de Colombia. I Parte

POR SERAFÍN MARQUÍN GAVIRIA

*Investigación realizada bajo el proyecto "Periodismo para narrar la memoria" de Consejo de Redacción, con el apoyo de la AGEH y la DW.

Entre guayabazos y plomo

Santa Rita, con 163 viviendas, está ubicada en el norte de departamento del Huila, sobre la cúspide de una de las cadenas montañosas que demarcan el flanco oriental de la cordillera central, en límites con el sur del departamento de Tolima. Según la memoria de la comunidad, se podría haber llegado a pensar que en Santa Rita los árboles de guayabas, después de florecer, cargaban niños, pues era común verlos colgándose de las ramas, uniformados con la sudadera verde de la institución educativa que lleva por nombre el de la vereda.

La guerra, que bajó diariamente por esa cadena montañosa, no acabó con el juego que los niños, generación tras generación, han nombrado como guayabazos y que implica tirarse unos a otros la noble fruta, en una analogía ingenua con la violencia que ha marcado la historia de las dos últimas décadas de la vereda, del municipio, del departamento. El Observatorio de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario, de la Presidencia de la República, documentó en un informe del año 2003, que las Farc aprovecharon la zona de distensión otorgada por el gobierno de Andrés Pastrana, durante el fallido proceso de paz que se desarmó entre noviembre de 1998 y febrero de 2002, para hacer del Huila un corredor estratégico que les permitía llegar y llevar armas y

droga a los departamentos de Cauca y Tolima.

Divier Alexander Jiménez vio la luz de la vida justo por ese tiempo, en el año 1999. Creció en una empinada finca, escuchando a los mayores hablar de café, y susurrando historias de la guerrilla y el Ejército, mientras afinaba el gusto por las guayabas; gusto que lo impulsó, el 25 de marzo de 2010, en un cálido mediodía, a meter su pequeño cuerpo por un agujero que tenía la malla del colegio, justo por el costado en el que la institución educativa limita con el matadero de la vereda. Su objetivo era alcanzar un árbol de guayaba. Tras él fueron otros niños.

Mientras Divier hacía su maniobra infantil, hacia las 12:15 de la tarde, una camioneta entró a alta velocidad por la pendiente que da la bienvenida al caserío. Al llegar, frente a la iglesia, giró a la izquierda en dirección al lugar donde se sacrificaba el ganado para el consumo de

El sonido de las balas se mezcló con los gritos de espanto de niños y profesores que buscaban refugio en los salones.

la vereda. Y allí, en inmediaciones al matadero y al centro educativo, un grupo de cinco hombres descendió del vehículo, con armas largas, disparando contra la población que se encontraba haciendo compras, preparando tulas de café para enviar a Neiva, cogiendo guayabas. El sonido de las balas se mezcló con los gritos de espanto de niños y profesores que buscaban refugio en los salones.

Cuando Divier intentaba volver hasta la malla, espantado por el apabullante ruido de los proyectiles, la esquirla de una de ellas entró en su cabeza, cortándole de tajo la vida. Otras balas acabaron con la humanidad de Jorge Eliécer Soto Mahecha y Luis Miguel Gaviria Céspedes. A José Guillermo Valencia Perdomo, de once años, una bala le alcanzó la planta de uno de sus pies.

Jeremías Garzón Garzón, profesor de español de la Institución Educativa de la vereda, recuerda que por esos años se había vuelto costumbre

para los habitantes vivir con la zozobra que generaban los movimientos del Ejército Nacional y de los guerrilleros. En esta zona tuvo presencia el Frente 66 -Joselo Losada-, de las Farc, al mando de Abel Tavera Jaramillo, alias 'Pedro Nel', muerto en combate el 12 de marzo de 2015. "Una dinámica insurgente que incluso ya tenía lugar en esta geografía antes de la consolidación del Comando Conjunto Central del extinto grupo al margen de la Ley (Farc), en tiempos de las guerrillas liberales y comunistas, y la violencia bipartidista", explica desde la Universidad Surcolombiana, el investigador en conflicto armado colombiano, William Fernando Torres. "A uno le dicen cómo actuar en regiones sumergidas en el conflicto. Pero nunca pensamos que el conflicto llegaría hasta el interior de las aulas", manifiesta Garzón, tratando aún de entender ese trágico 25 de marzo.

La misma explicación busca Karen Melissa Rivera, cuando recuerda cómo lo que le ocurrió a su compañero de cuarto de primaria, Divier Alexander, la puso cara a cara con la muerte y la guerra. Entre lágrimas, que parecieran haber estado contenidas durante ocho años, recuerda que ese día se encontraba jugando con otros niños en el polideportivo -contiguo a la Institución- cuando vio pasar una camioneta a gran velocidad, desde la que salieron hombres disparando. A pesar del miedo, corrió hasta un salón de clase, donde estaban los maestros y algunos estudiantes resguardándose del ataque.

Cuando los sonidos de las balas aún se diluían en el aire, Jorge Emilio Ramírez Vanegas, enfermero y dueño de una pequeña droguería, se llenó de valentía y salió de su negocio, dispuesto a prestar los primeros auxilios a las víctimas. "Me identifiqué con una bata blanca, y los hombres que estaban armados apuntaron contra mí", recuerda. Lo señalaron de colaborar con las Farc-EP por el trabajo humanitario que hacía. Eso no le importó. Continuó con la búsqueda de personas heridas. Entró al centro educativo, y allí encontró a José Guillermo Valencia Perdomo, de 11 años de edad, herido en un pie.

Tras brindar auxilio al estudiante, caminó hacia un lugar contiguo al colegio: el matadero. Y allí, en lugar de encontrar animales sacrificados, encontró el cuerpo de Divier, sin signos vitales. "Era un niño muy piloso que se hacía querer", dice, mientras camina por el espacio en el que estuvo tendido el cuerpo del menor, ocho años atrás, cubierto por una bata blanca, a escasos metros del árbol de guayaba.

Frente al cadáver, y en medio de los sollozos de los familiares de las víctimas, de los maestros y de los estudiantes, Jorge Emilio encendió su cámara y comenzó



Vía principal Santa Rita

La estrategia armada, tanto de la guerrilla de las Farc-EP, como de las fuerzas militares del Estado fueron presencias de manera permanente por la comunidad de Santa Rita (Aipe-Huila), que al quedar en medio de la confrontación experimentó sentimientos de zozobra, miedo, tristeza y dolor.

a hacer improvisadamente un video, narrando lo que presenciaba. Lo subió a YouTube para que todo el mundo supiera lo que allí había ocurrido. Por cuenta de eso "vinieron los chantajes, diciendo que yo era auxiliar de la guerrilla. Me decían -quédese quieto que cualquier cosa le puede pasar-, pero yo seguí normal frente a la prensa. Aquí estuvieron CM& y RCN. Y, cómo le digo, para nadie es un secreto que las tropas vinieron a disparar indiscriminadamente sin medir las consecuencias", relata el enfermero y apunta que "lo que más dolió es que hicieran pasar en emisoras a este niño como guerrillero. El niño tenía el uniforme de estudiante. Es ahí donde uno entiende los falsos positivos".

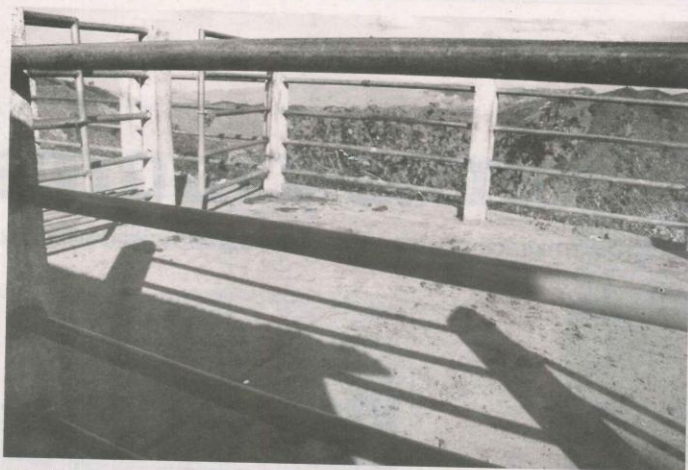
Según el informe de necropsia, Divier fue impactado en el rostro por una esquirla de proyectil de arma de fuego que le causó la muerte por choque hipovolémico y neurogénico secundario.

Sobrevivientes

Ese 25 de marzo, José Guillermo Valencia Perdomo se levantó a las cinco de la mañana a preparar el desayuno para sus hermanos, como lo hacía cotidianamente. Acto seguido, marcharon rumbo a la Institución Educativa Santa Rita, que se encontraba a una hora de camino. Debían llegar a las siete de la mañana.

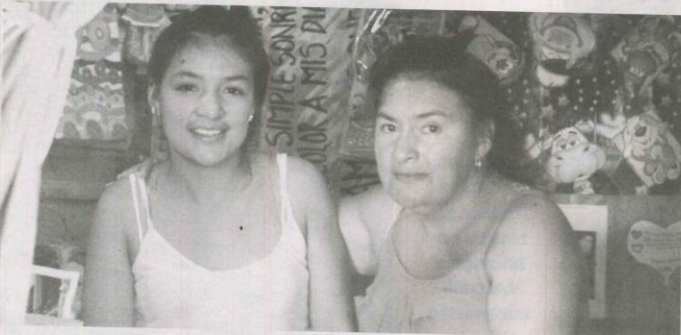
"Estábamos pasando la jornada normal con todos mis compañeros. Salimos a formar para recibir nuestro almuerzo y, junto a un compañero, nos pareció fácil irnos hacia el basurero a intentar encontrar lapiceros, ya que no teníamos. Mientras tanto, Divier estaba en el matadero con otros amigos de clase y con mi hermano, bajando guayabas. Cuando estábamos escuchando la basura, escuchamos disparos. Mi compañero salió corriendo y yo me quedé para ayudar a tres niñas que estaban en el lugar. Entonces, vi cuando uno de los hombres disparaba por detrás de la escuela como loco. De repente sentí un quemazono en el pie. Empecé a avanzar saltando sobre el que estaba sano. En esas me encontré con la personera y otras estudiantes, ellas me ayudaron a entrar al salón de informática. No sentí dolor, lo único que me importaba era saber cómo estaban mis compañeros y mis hermanos", narra José Guillermo, quien hoy, con 20 años de edad, aún se muestra intranquilo cuando vuelve sobre sus recuerdos. Confiesa que es la primera vez que habla de esos hechos con un periodista. Con la voz quebrada recuerda que Divier era un amigo con el que él y sus hermanos jugaron todas las tardes de la infancia, hasta aquel mediodía.

Idaly Perdomo, madre de Juan Guillermo, relata que esa tarde el destino le jugó una buena pasada. Vio cuando una camioneta color gris se detuvo y un grupo de cinco hombres vestidos de civil, y uno de ellos con chaleco del Gaula, empezaron a disparar. Segundos antes había estado cerca al matadero, al lado de Jorge Eliécer Soto Mahecha. "Me despedí de él indicándole que me iba a almorzar. Estaba con mi hermana. Caminamos muy poco, cuando se escucharon los disparos. Ella me decía -corra, corra-. Yo me paré a mirar y no hacía sino gritar: ¡mis hijos! ¡mis hijos!", relata inten-



Matadero, zona donde fue asesinado Divier

Entre la Institución Educativa Santa Rita y el matadero de la vereda, estaba Divier Alexander Jiménez Clavijo, buscando guayabas, cuando fue impactado por una esquirla de bala de fusil, disparada por miembros del Gaula del Ejército, en medio de un ataque indiscriminado contra la población civil el 25 de marzo de 2010.



Karen Melissa Rivera

Karen Melissa Rivera tuvo que presenciar el asesinato de su compañero de clase, de cuarto grado de primaria, Divier Alexander Jiménez Clavijo. Durante varios años sentía pánico cada que escuchaba el sobrevuelo de un helicóptero.

tando transmitir la angustia en la que se sumergió. "Yo insulté a los hombres que disparaban. Les dije -desgraciados y ellos me apuntaban y me decían -cállese la jeta madre-", recuerda Idaly. Cuando los gritos y los disparos cesaron, vio a Soto Mahecha tirado en el suelo. Agonizaba.

Transcurrido un mes y medio de los acontecimientos, aproximadamente, empecé a sentirme vigilada. Sus sospechas se acrecentaron cuando ella y su familia descubrieron, en predios cercanos a su finca, improvisados campamentos en los que quedaban latas vacías de comida y colillas de cigarrillos. No supieron si eran de las Farc o de las fuerzas del Estado. Ambas le producían miedo.

Una tarde, cuya fecha no revela, abordó un colectivo para viajar a la ciudad de Neiva a una cita médica. Desde su puesto descubrió a un hombre que la miraba constantemente. Trató de tranquilizarse. Se acomodó en el puesto que le correspondió y empezó a mirar el paisaje que pasaba rápido por la ventana. En la mitad del trayecto el hombre que la vigilaba se sentó a su lado.

- Doña, ¿usted es Idaly Perdomo Ospina?

- No, ¿por qué?

- Lo que pasa es que usted es la mamá del niño José Guillermo Valencia Perdomo, implicado en lo que pasó en Santa Rita

- Bueno y ¿por qué usted me averigua eso?

- Usted no se puede bajar en Neiva hasta que yo no me baje

Pero decidió enfrentar el miedo, trabajando durante el día en la finca, y refugiándose en la noche en la casa de su madre, en el caserío.

"El corazoncito me latía muy fuerte. Cuando eso nosotros no cargábamos ni una "flecha" de celular, no tenía cómo llamar a mi casa, no había ni señal en ese tiempo. Yo solo en la mente decía -Dios mío ilumíneme y protéjame-, porque cómo iba a saber quién era ese señor y de dónde provenía", guarda silencio por un minuto, y continúa recordando el diálogo que sostuvo con el hombre desconocido, luego de que ella le expresara al conductor que debía llegar hasta la terminal de Neiva.

- Pues yo me voy detrás de usted, porque sola no se puede bajar

- Si usted me piensa hacer algo dígame, porque se me hace extraño que me siga



Mural Polideportivo, Santa Rita

Con la firma de los acuerdos de paz en La Habana, entre las Farc-EP y el gobierno de Juan Manuel Santos, la comunidad de Santa Rita experimenta tranquilidad y esperanza. Los liderazgos civiles germinan en una población que busca reconocimiento y apoyo por parte del Estado.

- Donde se baje usted, me bajo yo -

Cuando el colectivo transitaba por inmediaciones de la Avenida Circunvalación y la Carrera Segunda, Idaly recordó que su mejor amiga vivía a escasas cuadras y decidió bajarse allí para huir del hombre. No lo logró. Él la siguió. Afuera del carro le advirtió que debían esperar a que llegaran tres compañeros que necesitaban hablar con ella. Pasados algunos minutos una camioneta se acercó a la acera en la que la pareja se encontraba. Del vehículo descendieron tres hombres altos, quienes le manifestaron que sabían quién era ella y cuál era su vínculo con el niño que había sido alcanzado por una bala el 25 de marzo. Le confesaron, además, que "la estamos necesitando y por eso estamos haciéndole cacería".

Ante el impacto que le causaban las palabras que los hombres pronunciaban, decidió confirmar su nombre y manifestó ser inocente de lo que la estuvieran sindicando. Los hombres se identificaron como miembros del gobierno. Idaly no recuerda qué institución estatal mencionaron, pero tiene claro que uno de ellos se presentó como teniente.

La invitaron a subirse a la camioneta. Ella se negó. Entonces, caminó, rodeada por los hombres, por una céntrica zona de la ciudad de Neiva, hasta la Panadería Santander, frente al Parque que lleva el mismo nombre, y desde donde se puede observar el escenario del poder departamental; la Gobernación y Asamblea. Allí, en el tercer piso donde funciona una heladería, recibió una gaseosa y la solicitud de "colaboración". Le pidieron que afirmara que los hechos en Santa Rita habían sido motivados por las Farc y que a cambio le brindarían apoyo en la recuperación de su hijo. Además, le darían una casa y bienestar económico. "Les dije -yo estoy enseñada a vivir en el campo y aquí en la ciudad correré más peligro, porque es zona roja. Van a decir que yo fui la causante de lo que pasó y me van a perseguir y hasta matar. Vale más mi finca y mi familia", narra, agregando que ese episodio de su vida no se lo contó a ninguna autoridad, temiendo retaliaciones.

El consejo que vino de los amigos era que abandonara la zona. Pero decidió enfrentar el miedo, trabajando durante el día en la finca, y refugiándose en la noche en la casa de su madre, en el caserío. "Uno no sabe en qué momento tenga que volver a vivir estas cosas. Aunque yo le pido mucho a Dios que no nos vuelva a pasar, porque son situaciones duras", dice reflexivamente.

Idaly se retira, tarda unos minutos, y regresa con una desgastada fotocopia de una página del Diario del Huila, con fecha del viernes 26 de marzo de 2010, en la que se titula Contrariadas versiones sobre muerte de menor en acción militar.

Los pobladores de la vereda señalan que, pese a que la presencia de miembros de las Farc-EP había sido histórica en su región, en el año 2010 el Frente 66 Joselo Losada se encontraba replegado en la zona rural, como consecuencia de la política de seguridad del gobierno de Álvaro Uribe Vélez. Sin embargo, el grupo guerrillero se las arreglaba para citar reuniones y solicitar en ellas, a los habitantes del municipio, apoyo económico para el sostenimiento de su confrontación con el Estado. "El trato de ellos con la gente era muy normal, muy bien, lo saludaban a uno. Eso sí, como dice el dicho -el que nada debe nada teme-. Igual el Ejército. Llegaban unos u otros, y no se les negaba un vaso de agua", explica un habitante de Santa Rita, quien pide la reserva de su nombre, y aclara que la única diferencia entre los dos grupos armados era que el Ejército restringía la movilidad de seis de la tarde a seis de la mañana; las Farc no.